

## CÁTEDRA FUNDACIONAL ALBERTO ADRIANI

Aparentemente resulta paradójico que hoy se esté instaurando una cátedra para promocionar la investigación, el pensamiento y el conocimiento de la universidad ¿No es eso lo que deberíamos estar haciendo todos los días?

Sin embargo necesitamos estímulos y apoyo para hacerlo. En un entorno social donde se premian los resultados inmediatos, y muchas veces se menosprecia lo que no es rentable, está siempre latente la tentación de considerar superflua la reflexión, y ver como un despilfarro el ejecutivo del saber o la acumulación de conocimientos teóricos.

Tampoco la estructura universitaria da siempre margen a los profesores, para enseñar a los estudiantes a pensar.

Uno de los hallazgos más desconcertantes de la carrera docente es, precisamente, descubrir que no todos los que obtienen buenas calificaciones son inteligentes, y que no todos los inteligentes sacan buenas notas.

Para buenas notas, con frecuencia basta con repetir lo que dice un texto o un profesor, o aplicar un conjunto de trucos matemáticos para resolver unos problemas. Para ser inteligente hay que asimilar críticamente lo que se afirma, hay que preguntarse porque se esta diciendo algo, cuando surgió esa opinión o teoría, a qué necesidades responde, a qué sectores sociales favorece, qué tiene de válido o caduco en nuestros días, cómo se puede expresar mejor.

Lo que acabo de decir sirve para todas las disciplinas, y afecta incluso a valores que consideramos indeclinables, porque también estos deben ser expresados de forma diferente en cada período histórico.

Los judeocristianos consideramos todavía hoy a los diez mandamientos- o el Decálogo como reglas de conducta que mantienen un valor permanente.

La primera vez que encontramos este código en la Biblia es en el libro del Éxodo (Éxodo 20,17). Allí el último mandamiento parece formulado de la siguiente manera: “No codiciaras los bienes de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea suyo.”

Tuvieron que pasar alrededor de 15 siglos para que alguien percibiera que esta formulación era humillante para las mujeres, porque las colocaba como una posesión más del marido, a la misma altura que los esclavos, los bueyes o los asnos.

Entre los siglos IV y V después de Cristo, San Agustín reformuló los diez mandamientos en una nueva versión que todavía mantenemos hoy. Ahora aquél último mandamiento lo hemos separado en dos: el noveno dice “no desearás la mujer de tu prójimo” , y el décimo, “no codiciaras los bienes ajenos”. La mujer ya no es una posesión del marido. Pues de ser objeto de deseo o, en el original latino de Agustín, de *concupiscentia*. En cambio los bienes ajenos son objeto de codicia o *cupiditas*.

Permaneció el principio general, pero se reformuló su expresión para adaptarse a nuevos tiempos.

Hasta los números -aparentemente inmutables- tienen su historia y su filosofía. A pocos estudiantes de matemáticas les interesa que Tales de Mileto y Pitágoras crearon sus teoremas sobre las relaciones que se dan en los triángulos, como expresión particular de una armonía que se hace presente también en la música (los sonidos se expresan en la partitura con notas y números) y en la vida entera.

Humberto Eco, en su reciente libro sobre la Historia de la Belleza, recoge el siguiente texto de Pitágoras: “La virtud es armonía, y también la salud, y cualquier bien, y la divinidad. Por consiguiente, también todas las cosas están formadas según su armonía” (p.62).

Esta teoría resuena en la Oda a Francisco de Salinas, maestro de música de la universidad de Salamanca en el siglo XVI, escrita por Fray Luis de León, que era entonces uno de sus más insignes catedráticos. En su tiempo algunos pensaban que las esferas celestes, al girar sobre si mismas, producían una armonía sublime, que los humanos deseaban imitar con sus reacciones musicales. La música de Salinas –dice Fray Luis- “Traspasa el aire todo / hasta llegar a la más alta esfera / y oye allí otro modo / de no precedera / música que es la fuente y la primera [...] Y como esta compuesta / de números concordes, luego envía / constante respuesta; / y entrenabas a porfía / se mezcla una armonía”.

En el fondo esta percepción no ha quedado anticuada. En el número de la revista Time publicado esta última Semana Santa (5 de abril de 2007), Walter Isaacson, que acaba de escribir un libro sobre *Einstein*, su vida y universo, cita al mismo Albert Einstein diciendo: “Lo que más me aleja de quienes se declaran ateos es un sentimiento de absoluta humildad frente a los insondables secretos en la armonía del cosmos”.

Curiosamente, el Papa Benedicto XVI unió, en el discurso pronunciado en su audiencia del 26 de enero e 2006, la armonía musical, San Agustín y los diez mandamientos, al comentar el salmo 143. “Al leer este Salmo, San Agustín interpreta la frase 'tañaré par ti el arpa de diez cuerdas'. San agustín dice que solo si se hacen vibrar esas diez cuerdas o diez mandamientos con la caridad del corazón, suena bien”.

Quizá mucho de los estudiantes no hacen buenas migas con las matemáticas porque las ven como una entidad hostil y desalmada, cuando en realidad solo intentan ayudarnos a descubrir, y expresar en símbolos, el orden armónico que existe en la naturaleza y en la vida, incluso cuando aparentemente ésta se manifiesta como un caos.

También en la economía –que es el tema del que se ocupa esta cátedra fundacional- las ideas van y vienen, adaptándose a los avatares de la vida humana en cada época.

Adam Smith pensaba, por ejemplo, que “si en una nación de cazadores cuesta el doble trabajo mata un castor que un venado, el castor se cambia por dos venados”. Hoy, en

cambio, pensamos que el precio de los bienes lo fija la satisfacción que proporcionan la última unidad consumida, y no el tiempo que se haya empleado en reproducir ese bien.

Retomando una paradoja del mismo Adam Smith –quien se preguntaba por qué el agua, siendo tan necesaria costaba tan poco, mientras que los diamantes, siendo tan superfluos eran tan costosos – el criterio de la satisfacción, o utilidad marginal, explica que la adquisición adicional de una unidad de un objeto abundante es poco apreciada. En una población situada a la orilla de un río no contaminado, nadie paga por un vaso de agua.

Igualmente, si viviésemos en un mundo donde estuviesen empedrados de diamantes, nadie se colgaría al cuello, o engazaría en un anillo, un guijarro recogido en la calle.

Pero también la teoría de la utilidad marginal, después de casi un siglo, está envejeciendo. Tengo en mi biblioteca personal varios libros, publicados por docentes en universidades de primera línea, donde se dirigen críticas demoledoras contra la teoría económica convencional. Al parecer, también aquí nos encontramos en el umbral de una nueva época.

Si seguimos transmitiendo a los estudiantes algunas teorías cuestionadas, es porque pensamos que aún sirven para explicar muchas cosas, aunque no todas; porque todavía no hay una visión alternativa que haya logrado introducirse en los textos universitarios, tan iguales entre sí; y porque somos pequeñas ruedas de un gigantesco engranaje cuyo movimiento escapa a nuestro control. Los científicos de cualquier disciplina no tienen mas remedio que hablar el mismo lenguaje para poderse entender, aunque sepan que, mas tarde o más temprano, ese lenguaje va a quedar archivado como un recuerdo histórico.

Esta Cátedra Fundacional que hoy estamos instaurando pretende promocionar la reflexión sobre el pensamiento económico, y más particularmente el pensamiento económico venezolano.

Es ésta de hecho, una de las áreas de interés de la Escuela y de la Facultad, por lo que nos comprometemos a mantener viva la preocupación por este tema y a fomentar las investigaciones en este campo. Procuraremos también animar a quienes deben presentar sus proyectos de Trabajo de Grado, para que se adentren por estos caminos pocos explorados, y muy poco convencionales.

Esperamos también ir produciendo en lo próximos meses algunos materiales sobre economistas venezolanos, que puedan ser utilizados complementariamente en la cátedra de Pensamiento Económico, ya existente en la Escuela. Un Proyecto de mediano plazo, que tenemos en mente, consistirá en publicar un manual de Pensamiento Económico Venezolano, que pueda ser utilizado con provecho en estas y otras universidades del país. Para ello nos inspiraremos, entre otras fuentes, en las publicaciones del Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla que ha sido pionero en estas lides.

Agradecemos a la fundación Alberto Adriani, a la Alberto Vollmer Foundation, a la Vollmer Foundation, a Tomás Enrique, Vicente Leopoldo y José Tomás Enrique Batalla, así como a Maximiza Casa de Bolsa, su generosidad y su apoyo.

Estamos convencidos de que éste será el primer paso de un fructífero trabajo en común.

Muchas Gracias.

Discurso pronunciado por Eduardo Ortiz  
El día de la instauración de la  
Cátedra Fundacional Alberto Adriani